

EN NOMBRE DE LA CIENCIA

Eduardo Wolovelsky

Acaso el fracaso más espectacular fue el de la ciencia, en tanto conjunto de ideas y como red de instituciones para la mejora de los conocimientos y la educación. El mortífero potencial de los logros y principios más reverenciados de la ciencia moderna quedó al descubierto. Desde sus mismos comienzos, la ciencia defendió la libertad de la razón por encima de las emociones, de la racionalidad por encima de las presiones normativas y de la efectividad por encima de la ética. Una vez logradas estas libertades, sin embargo, la ciencia y las formidables aplicaciones tecnológicas que había producido se convirtieron en dóciles instrumentos en manos de un poder sin escrúpulos.

Zygmunt Bauman¹

Ásperas y dolientes, porque a través de ellas se denuncia la tragedia y el drama que la práctica científica contemporánea parece llevar en sus entrañas, las palabras de Zygmunt Bauman, publicadas en su libro *Modernidad y Holocausto*, aunque puedan parecer injustas, imponen un profundo ejercicio del pensamiento desde el cual reconstruir una apuesta de carácter humanista para la investigación tecnocientífica actual. En concordancia con Bauman, pero desde el propio campo de las ciencias naturales, el biólogo François Jacob reflexiona sobre las experiencias biomédicas en los campos de exterminio nazis. No lo hace sólo para entender los dramáticos hechos de la Segunda Guerra Mundial como producto de una época particular; pretende que la comprensión del pensamiento biológico y médico de toda la primera mitad del siglo XX se constituya en un acto necesario para nuestra cultura con la intención de entender las complejas relaciones entre la ciencia y el poder. Este ejercicio crítico permitiría, eventualmente, abrir la posibilidad de resignificar el sentido de la actividad científico-tecnológica bajo una perspectiva, y en una dirección, que sea liberadora para los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Según F. Jacob lo importante, en relación con las prácticas biomédicas durante el nazismo, no es detenerse en el papel del médico que realizaba los “experimentos”, sino en aquellos científicos e investigadores que desarrollaron las perspectivas teóricas desde las cuales esas “experiencias” fueron posibles. Poco importa que hoy podamos reconocer con claridad la falsedad de aquellos modelos explicativos sobre la genética humana que legitimaron los programas eugenésicos. La pregunta que importa hace referencia a porqué ese saber adquirió aquel peso de legitimidad con el agravante de que fue propuesto y defendido, no por fanáticos ni pensadores asociados al nazismo, sino por científicos e investigadores comprometidos con el interés público y con la construcción de una sociedad económica y socialmente más equitativa ¿Cómo explicar entonces lo ocurrido? François Jacob sostiene que:

El error está en que esos hombres no fueron suficientemente críticos con la noción misma de eugenesia y cuanto ella implicaba. En particular no valoraron correctamente sus consecuencias sociales. El peligro, para el científico, está en no medir los límites de su ciencia.(...) Los genetistas no han confrontado suficientemente sus ideas eugenésicas con las de los no científicos. No se han rozado lo suficiente con el resto de la sociedad antes de proponer una doctrina, cuya aplicación compete sobre todo a aquélla.²

¹ Bauman, Z., *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 2006,(1989), pág 134

² Jacob, F., *El ratón, la mosca y el hombre*, Barcelona, Crítica,1998.(1997), pp 154-155

Por su parte el historiador John Cornwell en su libro *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo* afirma:

Hacer buena ciencia hoy significa mantener una actitud de vigilancia fundamental ante las consecuencias, conciencia del impacto de los descubrimientos científicos en la sociedad, en el medio ambiente, en la naturaleza. El buen científico procura hacer públicas por todos los medios posibles las consecuencias sociales y ambientales de los conocimientos potencialmente peligrosos.³

Ambos autores reconocen la importancia de mantener un debate público sobre la ciencia como condición necesaria para que el conocimiento sea una fuerza comprometida con la posibilidad de mejorar la vida de los hombres y no como una forma de dominio que aumente aun más el poder de los poderosos. Sin embargo, es importante destacar que no todas las formas de promoción del acceso al mundo de la ciencia se proponen abrir un lugar de reflexión y crítica frente al experto y una perspectiva para valorar la potencia y los límites de la razón. Muchas acciones, por diferentes causas, refuerzan o facilitan la sumisión de carácter tecnocrático y cientificista de los ciudadanos frente al hombre o la mujer de la academia, al tiempo que promueven una valoración dogmática de los enunciados que se formulan en nombre de la ciencia. El juego de suponer que los manuales promueven, en la educación formal, la comprensión de la ciencia al asumir un discurso que se defiende como objetivo y por lo tanto pertinente al mundo de la ciencia, o la construcción de obras de divulgación científica dedicadas a la formación de un mercado donde la búsqueda del éxito, medido a través de la cantidad de público que una obra es capaz de convocar, promueve una estrategia de carácter maquiavélico donde todo vale; indican que es sencillo declamar a favor de un debate público de la ciencia al tiempo que las propias acciones que se instrumentan para llevarlo a cabo, lo bloquean. El debate se convierte así en un acto de simulación. Un ejemplo por demás interesante de analizar, porque implica un proyecto educativo de corte cientificista, es la afirmación aparecida en la revista *El Monitor de la educación* del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación donde se sostiene que “La ciencia está allí para ayudarnos a tomar decisiones, para entender un poco más el mundo y, porque no, querer cambiarlo, como corresponde. Aunque, sobre todo, está allí para hacernos mejores personas.”⁴ La idea de que la ciencia impulsa valores y cambios democráticos, aunque bienintencionada, es ingenua y riesgosa: los eugenistas de la primera mitad del siglo XX, que promovieron la esterilización forzada de personas y que abrieron las puertas al genocidio perpetrado por los nazis, sostenían el valor del cambio para mejorar el mundo. Es importante reconocer que toda discusión que se haga de la ciencia debe asumir la pesada carga que representa la ruptura del sueño de la ilustración, que imaginó el desarrollo científico tecnológico como una condición necesaria y suficiente para el progreso social. No sólo que el conocimiento no es garante ni del progreso social ni del sentido humanitario y moral de las personas, sino que además puede ser la fuente desde la cual se construyan aquellos mundos distópicos imaginados por la literatura y el cine. Los científicos no son mejores personas por el hecho de practicar dentro de una institución una forma de validar las ideas sobre el mundo natural, una forma de ejercer el poder o una forma de predicar la verdad. John Cornwell lo manifiesta claramente cuando afirma, en relación con algunos de los más relevantes científicos del siglo XX, que:

³ Cornwell, J., *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo*, Barcelona, Piados, 2005, (2003), pág 447

⁴ Golombek, D., “Atreverse a generar nuevas preguntas”, *El Monitor de la educación*, N° 8, 5° época, julio / agosto 2006, pp 8-9

...desde la decisión de Fritz Haber de promover el gas venenoso hasta la decisión de Max Planck de levantar el brazo como exigía el saludo nazi, hasta la aceptación por parte de Paul Harteck de una cátedra que un judío se había visto obligado a abandonar, hasta la decisión de Haisenberg de aceptar la hospitalidad de Hans Frank (Gobernador General de Polonia bajo la ocupación nazi) en Cracovia, hasta el empleo de personal en régimen de esclavitud por parte de Wernher von Braun, hemos visto las presiones ejercidas por el orgullo, la lealtad, la rivalidad y la dependencia para llegar a soluciones de compromiso. En el análisis final, la tentación se manifestó como una disposición a pactar con el demonio para continuar trabajando en la ciencia.⁵

Acordamos con F. Jacob y J. Cornwell en la necesidad de sostener un debate público sobre la ciencia, pero tal como hemos mostrado, en nombre de ese mismo debate se suelen promover actos evangelizadores sobre la ciencia sostenidos en argumentos falaces, y como afirma Stephen Jay Gould “los argumentos malos y sesgados pueden tener consecuencias graves(...)”⁶

Es la propia figura de Gould la que nos permite abrigar, pese a ciertos actos vigentes de mercantilización del saber, las mejores esperanzas sobre la posibilidad de sostener un estado público de reflexión, debate y valoración crítica de la ciencia apoyado en el reconocimiento de la autonomía intelectual y la potencia cognitiva de todos los interlocutores.

Stephen Jay Gould no sólo fue un eminente pensador en el campo de la teoría de la evolución, fue uno de los grandes divulgadores de la ciencia en tanto que promovió la reflexión sobre cuestiones de amplio interés para los hombres y las mujeres del mundo contemporáneo, al tiempo que se negó a entender los debates por fuera de la academia como una forma degradada de análisis sobre los significados sociales de la ciencia. Al respecto es interesante considerar algunas de las apreciaciones que realiza en su libro *Un dinosaurio en un pajar*. Allí reivindica el ensayo científico como género literario, en la tradición que encuentra en hombres como Galileo Galilei y Charles Darwin a sus más importantes exponentes. En la introducción a la obra formula cuatro consideraciones en las que funda su práctica de esta clase de ensayos. Nos interesa rescatar aquí, por su relación con el poder y la autoridad, el cuarto enunciado en el cual afirma que “El lector y yo debemos andar juntos”⁷. En un escrito posterior profundiza su idea cuando sostiene que sus escritos no son versiones estupidizadas de trabajos eruditos, sencillamente son diferentes en su lenguaje y temática pero no en su profundidad y complejidad conceptual.

La descripción hecha hasta aquí puede parecer excesivamente resumida pero es posible que tenga la virtud de señalar una decisión cuando se trata de construir un debate necesario sobre la ciencia y refiere a si se lo hace como una forma de poder, concibiéndolo como un acto de carácter publicitario sostenido en un desprecio por el interlocutor cuando este no es un profesional o un académico, o se lo hace con el fin de democratizar el saber, en el sentido político más profundo del concepto, con la intención de evitar el ejercicio de un poder tecnocrático y de orientar el conocimiento y la práctica de la ciencia como fuerzas capaces de aportar al desarrollo de una sociedad más justa.

La reflexión de Zigmunt Bauman, que encabeza este artículo, la advertencia de François Jacob, las consideraciones de John Cornwell y el extenso trabajo de Stephen Jay Gould encuentran eco en el pensamiento del físico John Ziman para quién la reflexión sobre la ciencia lejos de ser un juego académico, es una cuestión de las más significativas para nuestra sociedad. Se trata de decidir, incluso en cuestiones donde están involucradas la vida y

⁵ Cornwell, J., *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo*, Barcelona, Paidós, 2005, (2003), pág 448

⁶ Gould, S. J., *Un dinosaurio en un pajar*, Barcelona, Crítica, 1997, (1995), pág 317

⁷ Gould, S. J., *Un dinosaurio en un pajar*, Barcelona, Crítica, 1997, (1995), pág 13

la muerte, en que hemos de creer de todo aquello que se dice en nombre de la ciencia, porque si hemos de valorar la ciencia, no es posible hacerlo en contra de uno de sus principales compromisos epistémicos: la crítica.